



Congregación de los
Hijos de la Inmaculada Concepción

Provincia de San José



IDEARIO EDUCATIVO MONTIANO

Documento marco de identidad,
misión y orientación educativa



Nuestro credo: lo que amamos y creemos

Creemos en la escuela como una “casa con el corazón abierto”, donde la hospitalidad es nuestra ley y cada persona es recibida con afecto y cortesía.

Creemos en el espíritu de familia, donde caminamos como hermanos mayores y menores, construyendo una red de confianza que nos sostiene a todos.

Creemos en el valor sagrado de cada alumno, viendo en sus historias y hasta en sus dificultades la semilla de un gran sueño de futuro.

Creemos en la misión compartida, donde religiosos y laicos unimos nuestras manos y nuestra fe para que la educación sea un verdadero acto de amor.

Creemos en una pedagogía que guía y contiene, uniendo la firmeza que orienta con la ternura que cuida, siempre bajo la mirada de María Inmaculada.

Presentación	9
Nuestra raíz y el corazón de lo que somos	11
Identidad y misión de la Escuela Montiana	13
Fundamentos carismáticos, evangélicos y eclesiales	14
Concepción de persona, educación y comunidad	16
Pedagogía Montiana	18
Quienes comparten la misión educativa montiana	20
La misión montiana ante los desafíos de hoy	22
Llamados a vivir nuestro carisma	24
Bibliografía consultada	27

Presentación

Las instituciones educativas de la Congregación de los Hijos de la Inmaculada Concepción de la Provincia de San José participan de la misión evangelizadora de la Iglesia y expresan, en el ámbito educativo, el carisma legado por el Beato Luis María Monti. Fieles a ese legado, afirmamos que la educación es una forma eminente de

caridad, una expresión de la asistencia y una mediación privilegiada para humanizar, evangelizar y acompañar el crecimiento integral de niños, adolescentes y jóvenes y que nuestras escuelas están llamadas a ser presencia eclesial viva, ámbito de hospitalidad, comunidad de aprendizaje, espacio de cuidado y lugar de esperanza.

El presente Ideario Montiano ofrece una formulación orgánica, compartida y actualizada de esa identidad, con el propósito de orientar la vida institucional, la propuesta pedagógica, la acción pastoral, la convivencia escolar, la formación de los educadores y el vínculo con las familias y con la comunidad. Quiere ser un marco de referencia vivo, capaz de inspirar decisiones, sostener criterios y dar unidad a las prácticas, custodiando la fidelidad al carisma fundacional y promoviendo, al mismo tiempo, una renovación responsable y creativa frente a los desafíos del tiempo presente. En continuidad con esa tradición, entendemos que la identidad montiana se expresa en algunos rasgos decisivos: la centralidad de la caridad, la hospitalidad como forma institucional, el espíritu de familia como clima evangélico, la formación integral de la persona, la misión compartida entre religiosos y laicos y la atención preferencial a quienes atraviesan situaciones de mayor fragilidad. Animados por María Inmaculada, cuya referencia inspira un estilo educativo marcado por la humildad, la ternura, la fortaleza serena

y la confianza en Dios, queremos que nuestras comunidades sean lugares donde la vida sea cuidada, la esperanza sostenida y cada persona encuentre una presencia que acompañe con amor fiel. Desde esta convicción, el Ideario ofrece una palabra clara, común y orientadora para el presente y el futuro de nuestras escuelas.

Nuestra raíz y el corazón de lo que somos

Nuestro ideario educativo hunde sus raíces en un don del Espíritu Santo confiado al Beato Luis María Monti. Ese don, que reconocemos como carisma, no es un patrimonio para conservar de manera pasiva, sino una forma viva de mirar, acoger y servir que continúa fecundando la misión de nuestras comunidades educativas. El 8 de

septiembre de 1857, en Roma, el Padre Monti fundó la Congregación de los Hijos de la Inmaculada Concepción respondiendo a dos grandes heridas de su tiempo: la falta de cuidado de los enfermos y la indiferencia ante los niños y jóvenes huérfanos y abandonados. Su mirada creyente le permitió reconocer en cada persona vulnerable un "depósito sagrado" confiado por Dios, y por eso su acción no se redujo a aliviar necesidades inmediatas, sino que buscó que su dignidad sea reconocida, ofrecer pertenencia y abrir horizontes de esperanza.

Esa caridad originaria hacia los niños y jóvenes llevó consigo, desde el principio, la tarea de educar, que se desplegó de múltiples maneras a lo largo del tiempo. Las Escuelas Montianas son una de esas expresiones concretas de caridad que se hace presencia, cuidado, formación y acompañamiento, y para nuestra tradición, educar no es una tarea añadida a la misión, sino una de sus formas más fecundas y necesarias. En la actualidad, nuestras escuelas quieren responder a las nuevas formas de orfandad que atraviesan la vida de niños, adolescentes y jóvenes: la soledad, la fragilidad vincular, la exclusión, la desorientación, el sufrimiento subjetivo y la falta de sentido. Fieles al espíritu del Beato Luis María, buscamos ofrecer una presencia educativa que integre competencia profesional, cercanía humana y horizonte evangélico.

En nuestras aulas y comunidades, el carisma recibido se vuelve pedagogía viva. Cada estudiante es acogido como alguien único e irreplicable, llamado a ser consciente de su dignidad y libertad, crecer en fraternidad y apertura a Dios. Este es el legado que recibimos y el compromiso que renovamos: hacer de la educación una de las formas más altas de caridad cristiana, camino de plenitud y esperanza.

Identidad y misión de la Escuela Montiana

La escuela montiana es una comunidad educativa católica inspirada en el carisma del Beato Luis María Monti, que asume la educación como obra de evangelización, promoción humana y servicio a la dignidad de cada persona. Más que una organización destinada a la transmisión de conocimientos, es una comunidad formativa en la que enseñanza, acompañamiento, convivencia y pastoral se integran en una propuesta orientada al desarrollo pleno de la persona a la luz del Evangelio. Su misión es educar integralmente a niños, adolescentes y jóvenes, promoviendo su crecimiento humano, espiritual, intelectual, afectivo, social y ético, para que lleguen a ser personas libres, responsables, fraternas, solidarias y abiertas a la trascendencia.

En este horizonte, nuestras escuelas procuran anunciar y testimoniar el Evangelio en el ámbito educativo, ofrecer una educación de calidad comprometida con la verdad y el bien común, acompañar el proceso de crecimiento de cada estudiante, formar comunidades animadas por el espíritu de familia y atender con especial sensibilidad a quienes viven situaciones de fragilidad, vulnerabilidad o exclusión, contribuyendo desde la educación a la transformación evangélica de la sociedad. Esta identidad se expresa en la síntesis viva entre caridad, hospitalidad, espíritu de familia, formación integral y misión compartida; síntesis en la que el carisma montiano se hace concreto en un modo de educar que une firmeza y cercanía, exigencia y cuidado, profesionalidad y ternura, pertenencia eclesial y compromiso con la realidad.

Fundamentos carismáticos, evangélicos y eclesiales

El Beato Luis María Monti recibió del Espíritu Santo un carisma particular para la Iglesia: vivir la caridad de Cristo en la asistencia a los enfermos y en la acogida a los niños y jóvenes huérfanos y a los más necesitados. Su vida y su obra manifiestan una sensibilidad evangélica capaz de reconocer en cada persona sufriendo una presencia sagrada que

reclama acogida, cuidado y promoción. Este legado continúa vivo en nuestras escuelas porque, aunque los contextos históricos y sociales hayan cambiado, persisten y emergen nuevas formas de orfandad, desamparo, fragilidad vincular, sufrimiento subjetivo y exclusión. Frente a estas realidades, la escuela montiana asume la educación como una forma concreta de hospitalidad, acompañamiento, promoción y esperanza.

Jesucristo es el fundamento último de esta identidad. En Él reconocemos la verdad plena sobre la persona humana, el sentido de la historia y la fuente de toda auténtica educación cristiana; y es su modo de mirar, acoger, enseñar, sanar, convocar y enviar lo que inspira y orienta toda nuestra acción educativa. Desde esa raíz evangélica, la hospitalidad se revela como rasgo esencial del carisma montiano: no designa una mera actitud cordial, sino una disposición espiritual, relacional e institucional que reconoce al otro en su dignidad, le abre un lugar real en la comunidad y crea condiciones para su crecimiento. En esa misma clave, el espíritu de familia expresa la forma comunitaria que asume la caridad montiana en la vida escolar: un estilo de relación basado en la confianza, la fraternidad, el respeto mutuo, la corresponsabilidad y el cuidado recíproco, que hace de la escuela un lugar de pertenencia, reconocimiento y participación para cada persona.

La figura de María Inmaculada impregna y sostiene este itinerario carismático. El Padre Monti le consagró su ser y su obrar, puso en sus manos su familia religiosa y su apostolado y también hoy toda la familia carismática -religiosos y laicos- la reconoce como Madre, protectora y modelo de respuesta a la Palabra de Dios. Su presencia inspira un estilo educativo marcado por la ternura, la humildad, la sencillez, la fortaleza serena y el cuidado de la vida y la celebración de sus fiestas renueva en la comunidad educativa el espíritu con el que está llamada a estar, acompañar y educar. En esta misma comunión, nuestras escuelas se reconocen parte viva de la misión de la Iglesia, comunidades eclesiales abiertas a la comunión, al diálogo, al discernimiento y al servicio del Pueblo de Dios.

Junto a la Inmaculada Madre, San José, su castísimo esposo, ha inspirado al Padre Fundador un estilo de paternidad y cuidado de la Sagrada Familia que es para nosotros fuente de inspiración y un modelo para hacer de nuestras instituciones espacios en donde preservar los valores de la familia cristiana.

Concepción de persona, educación y comunidad

Toda la propuesta educativa montiana nace de una convicción profunda: cada niño, adolescente y joven es único, irrepetible, amado por Dios y llamado a una vida plena. Esta visión cristiana de la persona es el corazón desde el cual brotan todas nuestras opciones educativas. La dignidad de cada estudiante no se mide por su rendimiento ni por sus condiciones de vida, sino que radica en su valor intrínseco como hijo o hija de Dios. Desde esta certeza, nuestras escuelas asumen el compromiso de mirar a cada estudiante con los ojos de la fe: reconociendo sus posibilidades de crecimiento, respetando su historia, acompañando sus procesos y atendiendo sus necesidades con dedicación y ternura.

Educación, desde la perspectiva montiana, es una forma privilegiada de anunciar el Evangelio. La transmisión de conocimientos y la preparación para el desempeño académico o laboral forman parte del camino, pero la educación integral a la que aspiramos es, ante todo, una invitación a crecer en humanidad, en libertad responsable, en interioridad, en apertura a los demás, en sensibilidad moral y en búsqueda de sentido. Cada aula, cada encuentro, cada acompañamiento es una oportunidad de sembrar vida en abundancia.

La escuela montiana se concibe como una comunidad de fe y misión, integrada por estudiantes, familias, educadores, directivos, personal no docente, religiosos y laicos. Todos están convocados, desde su propia vocación y función, a ser protagonistas de una misión común. El diálogo, la participación, la confianza, la cooperación y la orientación compartida hacia el bien de los estudiantes son los caminos concretos por

los que discurre esta misión. El proyecto educativo institucional de cada escuela, que nace y se nutre del ideario educativo de la tradición montiana, es la expresión viva de ese compromiso compartido.

En el corazón de esta comunidad, la familia ocupa un lugar singular e irremplazable. Como primera educadora en la fe y en la vida, merece todo el respeto y el acompañamiento de la escuela. La alianza entre familia y escuela es una gracia que hay que cultivar: desde el respeto mutuo, el diálogo sincero y la cooperación generosa, juntas pueden hacer crecer en los estudiantes lo más valioso de su humanidad y de su fe.

Esta comunidad educativa se proyecta hacia afuera con espíritu misionero, en apertura activa y comprometida hacia la comunidad local. Nuestras escuelas están llamadas a ser presencia evangelizadora en el corazón de la realidad social, cultural y eclesial en la que están insertas. Esta apertura nace del Evangelio y se expresa en sensibilidad ante las necesidades del entorno, en disposición generosa al servicio y en el compromiso sostenido con la justicia, la solidaridad, la inclusión y la cultura del cuidado.

Fieles al carisma fundacional y al espíritu de las Bienaventuranzas, nuestras escuelas reconocen una predilección especial por quienes atraviesan situaciones de vulnerabilidad, exclusión, sufrimiento o desprotección. La inclusión, el cuidado de las trayectorias, la atención a las fragilidades y la promoción de condiciones más justas de aprendizaje y participación son, para nosotros, mucho más que una opción pedagógica: son una respuesta de fe al llamado de Cristo que nos convoca a servir en cada rostro que nos necesita.

Pedagogía montiana

La pedagogía montiana se funda en la cercanía. Educar implica estar presentes de modo significativo en la vida de los estudiantes: conocer sus procesos, sostener sus búsquedas, orientar sus decisiones y acompañar su crecimiento. Esta presencia educativa no se reduce a la proximidad física, sino que se expresa en disponibilidad interior, atención responsable, escucha sincera y capacidad de intervención oportuna.

Desde esa cercanía, la autoridad se comprende como servicio al crecimiento de los estudiantes y al bien común institucional. Se ejerce con claridad, coherencia, justicia y afecto. La firmeza, los límites y la corrección forman parte del acto educativo, siempre que se orienten al crecimiento de la persona y se expresen con pleno respeto por su dignidad.

Cercanía y autoridad se integran, así, en una pedagogía del cuidado que une exigencia y ternura, orientación y contención, responsabilidad y misericordia. Lejos de infantilizar o sobreproteger, esta pedagogía acompaña, fortalece y ayuda a crecer desde la confianza en las posibilidades de cada persona.

Esta confianza se extiende también al modo de concebir el saber. La escuela montiana integra fe, cultura y vida, convencida de que la evangelización no constituye un agregado externo a la tarea escolar, sino una dimensión constitutiva de toda la propuesta educativa. Enseñar cada disciplina con seriedad académica implica también abrirla a la trascendencia, a las preguntas de sentido, a la responsabilidad ética y al compromiso con la realidad humana y social.

Todo este itinerario pedagógico está sostenido por una esperanza activa. La escuela montiana cree firmemente en la posibilidad de crecimiento de cada persona y rechaza toda forma de resignación frente a la fragilidad, el error o el condicionamiento. Por eso, educa despertando la confianza, fortaleciendo la autoestima, promoviendo la resiliencia y abriendo horizontes de sentido que den dirección al camino de cada estudiante.

Quienes comparten la misión educativa montiana

El educador montiano participa de una vocación y de una misión. Más allá de la función específica que desempeñe, está llamado a encarnar, con su palabra, su actitud y su práctica, el espíritu propio de la obra educativa montiana. Su tarea consiste en enseñar, acompañar, orientar y sostener procesos de crecimiento, haciendo visible en la vida cotidiana de la escuela el horizonte evangélico de la educación y la misión característica congregacional.

Se espera del educador montiano adhesión al ideario institucional y compromiso con la misión de la escuela; competencia profesional y búsqueda permanente de formación; capacidad de escucha, diálogo, trabajo en equipo y corresponsabilidad; autoridad pedagógica ejercida con justicia, cercanía y responsabilidad; sensibilidad ante las necesidades de los estudiantes y sus familias; coherencia de vida y testimonio de valores evangélicos; y apertura a la misión compartida entre religiosos y laicos.

Las escuelas montianas procuran formar estudiantes que reconozcan su propia dignidad y la de los demás; desarrollen pensamiento crítico, responsabilidad y honestidad; aprendan a convivir con respeto, empatía y sentido fraterno; sean capaces de cuidar de sí, de los otros y de la casa común; se abran a la trascendencia y a la búsqueda de sentido; vivan con esperanza, espíritu de servicio y compromiso solidario y participen activamente en la construcción de una sociedad más justa y humana.

La obra educativa montiana se realiza hoy mediante una misión compartida entre religiosos y laicos. Ambos participan, desde su propia

vocación, de un mismo carisma y de la misma responsabilidad evangelizadora. Esta complementariedad enriquece la obra y fortalece su continuidad histórica.

La misión montiana ante los desafíos de hoy

Vivir fielmente el carisma montiano en el tiempo presente exige sensibilidad ante los desafíos que atraviesan a las personas, las familias y la sociedad. Por eso, nuestras escuelas asumen el compromiso de generar condiciones institucionales, pedagógicas y vinculares que favorezcan el aprendizaje, la participación y el crecimiento de todos los estudiantes, con particular atención a quienes encuentran mayores barreras o viven situaciones de mayor fragilidad. Este compromiso comienza por la construcción de ambientes seguros, protectores y respetuosos, en los que se prevenga toda forma de maltrato, abuso, violencia, discriminación o exclusión, porque ningún aprendizaje verdadero es posible donde la persona no se siente acogida y protegida. En ese mismo horizonte, reconocemos la importancia de atender las nuevas formas de sufrimiento subjetivo y fragilidad vincular que atraviesan a niños, adolescentes, jóvenes y familias, promoviendo vínculos sanos, espacios de escucha genuina y articulación responsable con los recursos comunitarios necesarios.

Este cuidado de la persona se despliega también en los contextos que hoy configuran su experiencia cotidiana. Las tecnologías forman parte constitutiva de la vida contemporánea y la escuela montiana asume el desafío de educar para un uso crítico, responsable y humanizante de los entornos digitales. Al mismo tiempo, la mirada cristiana sobre la realidad nos convoca al cuidado de la casa común: promovemos una educación que integra la dimensión ambiental con la justicia social, la responsabilidad comunitaria y el cultivo de hábitos de vida sobrios y solidarios. Esta sensibilidad ante el mundo lleva, además, a una opción concreta por los más pobres y vulnerables, expresada en experiencias

formativas de servicio, solidaridad y participación que ayuden a los estudiantes a comprender la realidad y a comprometerse activamente con su transformación.

La fidelidad al carisma, en definitiva, no es repetición sino búsqueda creativa y responsable. Por eso, nuestras escuelas se comprometen a revisar periódicamente sus prácticas, estructuras y prioridades, respondiendo con lucidez a los desafíos emergentes sin perder la brújula de su identidad.

Llamados a vivir nuestro carisma

Este Ideario es la voz de una misión compartida: la expresión de quiénes somos, desde dónde actuamos y hacia dónde caminamos como familia carismática en Latinoamérica, y de los principios, convicciones y compromisos que dan forma a nuestra manera de educar y de estar presentes en la vida de tantos niños, jóvenes y familias. Nace del carisma del Beato Luis María Monti, cuya caridad apostólica nos enseñó a servir con ternura y audacia, se sostiene en la protección de María Inmaculada y camina en comunión viva con la Iglesia. Desde esa raíz, sus principios están llamados a impregnar la vida entera de nuestras escuelas -los proyectos educativos, los criterios de convivencia, la formación de los educadores, la animación pastoral y los procesos de gestión- porque todo en la escuela montiana encuentra su sentido en la misión que lo origina y lo sostiene.

Respondiendo a ese llamado, renovamos el compromiso de hacer de nuestras escuelas casas de hospitalidad, formación integral, evangelización y esperanza, lugares donde el Evangelio se encarne en vínculos concretos, en opciones pedagógicas y en la calidad humana de quienes las habitan. Queremos comunidades donde cada persona se sienta acogida, cuidada y convocada a dar lo mejor de sí, donde la autoridad sea servicio, la convivencia se construya desde la fraternidad y la verdad, y la educación sea vivida como expresión concreta del amor de Cristo que sale al encuentro, acompaña el camino y confía en la capacidad de crecer de cada persona. Fieles a nuestro carisma y atentos a los signos de los tiempos, asumimos la responsabilidad de ofrecer a la sociedad una educación que humaniza, evangeliza y abraza la vida, convencidos de que

cada escuela montiana es, en su propio territorio, un signo vivo del Reino que crece.

.

Bibliografía consultada

Casas, E. (2014). *Matrices institucionales de la escuela creyente*. Editorial Santillana.

Catecismo de la Iglesia Católica. (1997). Libreria Editrice Vaticana.

Congregación de los Hijos de la Inmaculada Concepción. (2004). *XXXI Capítulo General*.

Congregación de los Hijos de la Inmaculada Concepción. (2005). *Constituciones y normas*.

Congregación para la Educación Católica. (2007). *Educar juntos en la escuela católica: Misión compartida de personas consagradas y fieles laicos*.

Equipo Episcopal de Educación Católica. (1985). *Educación y proyecto de vida*. Conferencia Episcopal Argentina.

Pablo VI. (1975). *Evangelii nuntiandi: Acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo*. [Exhortación Apostólica].

III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. (1979). *Documento de Puebla*.

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. (2007). *Documento de Aparecida*.

Congregación de los
Hijos de la Inmaculada Concepción
Provincia de San José

Sede Provincial

Cochabamba 1845 | B° Pueyrredón |[CP X5004EOU]
Córdoba - Argentina